

TEXTOS DURANTE ENFERMEDAD. Año 2005.

Lunes 14, marzo 2005.

Notas sobre la experiencia de la operación de hígado el 20 de enero de 2005 (2ª intervención el 24 de febrero de 2005).

Angustia en el postoperatorio: sensación de estar en medio de una línea con dos trayectorias: por un lado una recuperación que parece imposible, muy larga y muy dolorosa; por otro, riesgo de fallo hepático, pérdida de la conciencia y entrada en un proceso bajo el arbitrio médico, con dolor intenso, sin que nadie me entienda ni ponga fin a mis sufrimientos. A ratos, la idea de morir ya me produce alivio, la prefiero.

12 de abril de 2005.

Durante semanas no he podido escribir nada. La realidad resulta ser demasiado brutal, extraña cosa. No me deja decir.

Me recuerdan situaciones en las que estuve muy grave. Yo sólo recuerdo alguna. ¿Mecanismo defensivo?

Estas semanas estoy dedicado a sobrevivir. Una marca me deja esta experiencia: el horror a otra igual: la angustia de no poder salir adelante y de sufrir indefinidamente. He llegado a decir que no repetiría, ¡pero las ganas de vivir son tantas!

De momento tengo un cuerpo maltrecho que intenta resurgir: fiebres, diuresis, balances, la silla de ruedas, las muletas, primeras salidas a la calle. A pesar de todo, disfruto de esta suave primavera. Y de un clima en casa muy positivo.

Cloe está tan desbordante que me cansa y me pone malo. ¡Quiero tanto verla crecer! Y, sin embargo, soporto mal sus derroches de vida.

Tengo un cuerpo por ahora sin metástasis. Esa espada de Damocles siempre acecha ahí.

15 de abril de 2005.

El roble está herido por el rayo. Nuevo ingreso para drenar las colecciones de materia acumulada y causa posible de la fiebre. Noto mejoría, pero de nuevo vueltas atrás. Estoy cansado, esto parece el cuento de nunca acabar. Pero es más lo que siento que lo que me duele. Siento la vida rota. Me acababan de dar de alta y parecía que podría tomar de nuevo cierta actividad. Me hacía ilusión. Ahora veo que es cada vez una ilusión; pero me resisto a ella.

Y estoy triste.

No tengo derecho a quejarme: Tere, mis hermanos, y, sobre todo, Cloti, Pablo y Guillermo se desviven por mí. Pero llevo muy dentro la filosofía. En el fondo la vida la vive cada uno y la muerte es singular, ¡temblorosa soledad!

20 de junio de 2005.

En estos últimos meses he vuelto a disfrutar de la vida. ¡Qué maravilla despertarse y sentir que no me duele nada! Hace falta muy poco para ser feliz. A veces

hasta la dicha de estar vivo. Cada detalle adquiere categoría, cada instante se ensancha y se detiene, se vuelve ¿eterno?

Me alegro de haber pasado por todo el trance de los últimos meses. Ahora pienso que mereció la pena. Un poco de felicidad vale por muchos ratos de dolor y amargura. A veces los dolores son intensos, rabiosos. El sufrimiento se comporta como un amo caprichoso y tirano. El cuerpo queda malherido, derrotado y el alma sin ánimo.

A veces, más que la intensidad del dolor me hace daño la repetición, su costumbre de llegar a traición y al asalto, sin que nadie lo haya invitado. En esos momentos siento un pesado cansancio. Me faltan las fuerzas, me canso de vivir. Es una sensación extraña, un..... Veo la muerte como el final de un tormento, un descanso. Y, sin embargo, no quiero morir.

La vida es una trama de relaciones fuertes en su fragilidad. Siento con emoción cómo me sostienen. Sobre todo el cariño, el coraje, las continuas búsquedas e iniciativas de Cloti, reuniendo remedios, soluciones. También la cercanía entrañable y la disponibilidad de mis tres hijos. Durante estos meses las relaciones con ellos han madurado y mejorado mucho. Estoy contento, orgulloso de ellos.

A la vez, sé que su vida es independiente de la mía y que tienen que seguir sus caminos y hacer sus planes.

Sé que afortunadamente voy a morir yo sólo, ¡uno basta! Pero, aún así, es triste morir solo. Quizá la muerte sea el extremo de la soledad, la ruptura de los vínculos, el radical desasimiento.

Ve a Cloti cansada, exhausta. Y me da pena.

En ocasiones, la dependencia resulta humillante y se convierte en una carga pesada para unos pies malheridos. Comprendo que necesita descansar, por su bien y por el mío; y que eso no es posible sin alejarse de mí. Pero no por eso me duelen menos sus “huídas”, en algunos momentos sus agresiones involuntarias.

En esa experiencia se anudan la dependencia y la soledad, el amor y el desgarró. Es enteramente humano y querido, y, sin embargo, ¡cómo duele!

Poesía

Ojo del mar

Bajo las pestañas de haya y aulaga
Inclinado y protectores encuentra el párpado de roca.
En el fondo, umbrío y fresco se abre el manantial
Suavemente brota el agua y se ofrece en el cuenco de una mano
Luego desciende, riega musgos y mueve molinos de sueños.
¡Ojo del mar! El océano fluye en este rincón
¡maravilla de las pequeñas cosas!
Por un ojo se abre el profundo misterio de la vida
y la tierra nos entrega el frescor de sus entrañas
jugo de rocas, lágrimas emocionadas
Así, serenamente entre el recogimiento
Y el guiño cómplice, eternamente fluye.
Al lado juegan los niños mientras sestion los corderos
Cuando el sol no hace sombra en las Coronas
¡Ojo del mar!
Tu mar y mi ojo
Lugar de cita cuando mi caminar se detenga
Y la sed permanezca eterna.

Cuando ya no esté

Cuando ya no esté
Seguirán floreciendo los cerezos en abril
Hayas y robles rebrotando en marzo
Y madurando las mieses en agosto
Cuando yo ya no esté.
Exultarán de amarillo escobas y piornos en junio
Y las viñas entregarán generosas su jugo en octubre
Cuando el bosque despide cada ciclo con un alarde de colores
Cuando ya no esté
Seguirán floreciendo los pensamientos en invierno
Cuando yo ya no esté
Crecedrán mis hijos y llegarán mis nietos, esperanza viva,
Nacerán otros hombres ávidos de ser felices de verdad.
Nos animan a los mortales deseos de eternidad
Cruel es el poder de la muerte, pero sólo intercalado.
¡Gracias!
Cuando yo ya no esté... seguirá palpitando lo que más quiero.

PARA NO MORIR DEL TODO...

Para no morir del todo
Me adheriré a las grietas de Peña escrita,
Redoblaré en los ecos de la Peña las palabras
Devolveré a la tierra mi cuerpo
y ella me regalará reverdecer en las hayas cada mayo,
florecer en los cerezos y manzanos,
brotar sin cesar en la fuente,
con el atrevimiento de que el ojo me alumbre al mar
profundo, en movimiento eterno
Y ojalá,
Ojalá también, alguna ráfaga en la memoria